

La construcción de la idea de Europa a partir de la alteridad. Una discusión semiótica sobre las identidades geográfico–culturales¹

Sebastián Moreno Barreneche
Universidad ORT Uruguay

Resumen

Significantes como «Europa» y «lo europeo» son empleados frecuentemente como categorías para la identificación tanto personal como colectiva. Sin embargo, refieren a una unidad de sentido –Europa– cuya extensión y cuyos límites no son ni geográfica ni culturalmente claros. Desde una perspectiva semiótica, este artículo presenta una discusión sobre cómo la construcción de la idea a la que refieren estos significantes ha sido articulada en términos discursivos a partir de un «Otro». La discusión se ilustra mediante la comparación con la identidad asociada al «Río de la Plata» y «lo rioplatense»,

Palabras clave:

Europa, alteridad, límites simbólicos, identidad, Río de la Plata

¹ Las ideas desarrolladas en estas páginas fueron presentadas por primera vez durante el 18º Congreso Internacional de la Asociación Española de Semiótica, titulado «El otro, el mismo. Figuras y discursos de la alteridad», que tuvo lugar en Bilbao, España, los días 13, 14 y 15 de noviembre de 2019. El autor desea agradecer a Juan Manuel Montoro por sus comentarios luego de la lectura del manuscrito. Todas las traducciones del francés, inglés e italiano al español fueron realizadas por el autor.

significantes que también refieren a una categoría de sentido articulada a partir de una región geográfica específica y cuyas características socioculturales presentan similitudes con aquellas de los países de la Europa del Sur. Como se argumenta, estas similitudes culturales suponen un desafío conceptual respecto a los procesos semióticos de exclusión, diferenciación y alteridad que caracterizan toda construcción identitaria.

Abstract

The Construction of the Idea of Europe Based on Alterity. A Semiotic Discussion of Geographical-Cultural Identities.

Signifiers like «Europe» and «European» are frequently used as meaningful categories for personal and collective identification. However, they refer to a unit of meaning – «Europe»– whose extension and boundaries are neither geographically nor culturally clear. From a semiotic perspective, this article discusses the construction of how the ideas these signifiers refer to have been discursively articulated from an *Other*. The discussion is illustrated with the example of *La Plata River*, a signifier that also refers to a unit of meaning anchored on a specific geographical region whose socio-cultural features resemble those of the Southern European countries. As it is argued, these cultural similarities pose a conceptual challenge to the semiotic processes of exclusion, differentiation and alterity that characterize every identity construction.

Keywords:

Europe, alterity, symbolic boundaries, identity, La Plata River

Resumo

A construção da ideia da Europa a partir da alteridade. Uma discussão semiótica sobre as identidades geográfico-culturais

Significantes como «Europa» e «o europeu» são utilizados frequentemente como categorias para a identificação

tanto pessoal como coletiva. Porém, eles referem a uma unidade de sentido —«Europa»— cuja extensão e cujos limites não são nem geográfica nem culturalmente claros. Desde uma perspectiva semiótica, este artigo apresenta uma discussão sobre como a construção da ideia à qual referem estes significantes tem sido articulada em termos discursivos a partir dum «Outro». A discussão é ilustrada por meio da comparação com a identidade associada ao «Rio da Prata» e «o rio-platense», significantes que também referem a uma categoria de sentido articulada a partir duma região geográfica específica, cujas características socioculturais apresentam semelhanças com aquelas dos países da Europa do Sul. Como se argumenta no artigo, essas semelhanças culturais supõem um desafio conceitual em relação aos processos semióticos de exclusão, diferenciação e alteridade que caracterizam a toda construção indentitária.

Palavras-chave:

Europa, alteridade, limites semióticos, identidade, Rio da Prata

Introducción

En setiembre de 2019, Ursula von der Leyen, en ese entonces la presidenta electa de la Comisión Europea, hizo público su equipo de Comisarios y las carteras de las que estos se ocuparían durante su mandato. Una de ellas, titulada «*Protecting Our European Way of Life*» —«Promoción de nuestro Modo de Vida Europeo», según la traducción oficial al español—, generó cierto revuelo mediático y numerosas críticas, muchas de ellas apoyadas en el argumento de que la idea de una forma de vida «europea», acompañada del posesivo «nuestra», refleja el lenguaje esencialista, excluyente e incluso

xenófobo empleado por actores políticos asociados a partidos de extrema derecha (Wodak, 2015). ¿En qué consiste ese «modo de vida» que es «europeo»? ¿Cómo es posible que culturas tan diferentes entre sí compartan un «modo de vida» común? ¿Qué sucede con las culturas que son europeas geográficamente pero que no forman parte de la Unión? ¿Y con otras culturas fuertemente influenciadas por ese «modo de vida» que no están ubicadas en Europa?

Desde una perspectiva semiótica, más allá del evidente interés por la selección y las posibles connotaciones ideológicas de las palabras utilizadas en la denominación

de la cartera, el caso resulta interesante dado que la idea de un «modo de vida» que sea «europeo» abre la puerta a una discusión sobre las maneras en que las diferentes culturas –locales, regionales, nacionales, supranacionales, etc.– existentes en el mundo articulan en términos discursivos, narrativos e imaginarios su unicidad, dándole así sentido. Como se argumentará en estas páginas, estos procesos implican un recorte de la realidad a partir de la intervención de categorías de sentido que se imaginan como diferentes de otras. Como se ha argumentado durante las últimas décadas, el significante «Europa» se usa indistintamente para referir al continente europeo, a la Unión Europea y a una unidad histórico-cultural específica, entre otros significados (Diez, 2004; Walkenhorst, 2009). Por lo tanto, se trata de una etiqueta –en el plano de la expresión– que conduce a una unidad de sentido –en el plano del contenido– que, a pesar de que sus límites no son ni geográfica ni culturalmente claros, es empleada frecuentemente como categoría de sentido para definir pertenencias identitarias tanto individuales como colectivas.

Al estudiar estas dinámicas, el semiotista francés Jacques Fontanille (2013; 2015a; 2015b) ha empleado el concepto de «formas de vida» para referir a los complejos fenómenos de articulación y producción de sentido asociados a la construcción de identidades y pertenencias colectivas,

lo cual demuestra cierta cercanía con la lógica subyacente al título de la cartera antes mencionada. Desde una perspectiva semiótica y en base a un enfoque constructivista, el objetivo de este artículo es mostrar cómo es que la idea de Europa ha sido construida discursivamente a partir del establecimiento de diferencias con un «Otro». Este proceso refleja ciertos mecanismos identificados por quienes, desde diferentes tradiciones académicas y con intereses teóricos diversos, han reflexionado sobre las identidades y el sentido desde un enfoque anti-esencialista, argumentando que toda identidad es *construida* a partir de una diferenciación relacional articulada en torno al establecimiento de ciertos límites entre las categorías «ellos» y «nosotros» (Arfuch, 2005; Fornäs, 2017; Laclau, 1994; Lotman, 1996; Mouffe, 2007). En este sentido, hablar de un «modo de vida europeo», como reza la cartera a cargo del Comisario Margaritis Schinas, solo tiene sentido si se imaginan *otras* formas de vida que, de algún modo, son diferentes: en términos lógicos, «no-europeas».

Curiosamente, el «modo de vida» imaginado y presentado como «europeo» puede encontrarse también *fuera* de la unidad geográfica que da origen a esta identidad cultural. Esto sucede en la región geográfica del Río de la Plata, y también en los imaginarios, discursos y narrativas que se articulan en torno a la idea de una «identidad rioplatense». Así,

para ejemplificar algunos de los desafíos teóricos vinculados a la construcción discursiva de identidades colectivas asociadas a la geografía, se presentará el caso de los significantes «Río de la Plata» y «lo rioplatense», equivalentes en términos pragmáticos a «Europa» y «lo europeo», también empleados para referir tanto a una unidad geográfica determinada como a una identidad cultural, imaginada como distinta de otras, cuyo anclaje material está en una región geográfica. Se problematizará este caso concreto ya que, como resultado de los flujos migratorios de ciudadanos italianos y españoles a esas latitudes, y dado que las características socioculturales asociadas a esa identidad colectiva presentan grandes similitudes con aquellas de los países de la Europa del Sur, lo europeo parecería estar en el núcleo (Lotman, 1996) de la identidad rioplatense. Sin embargo, por los mecanismos semióticos de anclaje y exclusión involucrados en la construcción de las identidades colectivas, resulta problemático aceptar ese núcleo como algo constitutivo (en términos semióticos) de esta identidad, ya que el punto de partida de la imaginación colectiva es una unidad geográfica —el continente europeo— situada a miles de kilómetros de distancia.

La hipótesis subyacente a la discusión que se presentará al final del artículo es que la unidad de sentido «Río de la Plata», en tanto imaginario sociocultural ligado a una latitud geográfica específica,

no-europea, supone un desafío para el mecanismo semiótico de individuación del concepto de «Europa» en tanto categoría de sentido única y distinta, esto es, a la hora de establecer aquellas diferencias que dan unicidad a las categorías «Europa» y «lo europeo». Esto se debe a que, dejando de lado la distancia geográfica y dado que hay muy pocas diferencias en cuanto a las configuraciones socioculturales de los pueblos de la región (Loza, 2011) —esto es, en sus «modos» o «formas de vida», entendidas como «conjuntos significantes compuestos y coherentes que son los componentes inmediatos de las culturas» y que están integrados por signos, textos, objetos, prácticas y estrategias (Fontanille 2015a: 22)—, la identidad rioplatense parece tener un fuerte anclaje en «lo europeo» como núcleo cultural a partir del cual se organiza esa identidad.

En el desarrollo de la argumentación, en primer lugar se mostrará de qué manera resulta pertinente pensar y trabajar la idea de Europa no como algo a lo que significantes como «Europa» y «lo europeo» refieren de manera referencial, sino concibiéndola como una unidad de sentido determinada culturalmente en términos discursivos e imaginarios, esto es, construida. Luego, se argumentará de qué manera las diferencias y, con ellas, los límites, son clave a la hora de definir de manera relacional unidades —e identidades— culturales como «Europa» y «lo europeo». Finalmente, se presentará la

discusión del caso específico del Río de la Plata como desafío teórico.

Europa como unidad de significado

¿Qué significa «Europa»? ¿A qué se refieren los emisores (individuales, organizacionales, etc.) al utilizar este nombre propio? Retomando una premisa epistemológica ya presente en los trabajos de Ferdinand de Saussure y profundizada por Louis Hjelmslev (1943), Umberto Eco escribe en su *Tratado de semiótica general* que «el significado de un término (y, por lo tanto, el objeto que el término «denota») es una unidad cultural», por lo que «cualquier intento de establecer el referente de un signo nos lleva a definirlo en los términos de una entidad abstracta que representa una convención cultural» (Eco, 1976: 111). Si bien a primera vista puede parecer que al utilizar la palabra «Europa» se estuviera refiriendo a algo concreto, es decir, aludiendo a una entidad con «existencia «real», el significado del término debe ser buscado a partir de las diferencias que se establecen entre el concepto en cuestión y otros conceptos, que son considerados como distintos por una comunidad lingüística dada. Como señala Eco (1976:121), una unidad cultural debe ser concebida como «colocada en un sistema de otras unidades culturales que se oponen a ella o la circunscriben», lo que implica que esta «existe solo en la medida en que se define otra por oposición a ella». Para ilustrar este punto, Eco

reproduce el siguiente cuadro elaborado por Hjelmslev (1943):

trae	Baum	arbre
	Holz	bois
skov	Wald	forêt

Figura 1. Fuente: Eco (1976: 121)

Esta imagen muestra que el significado, entendido como una unidad cultural de sentido que se define no por su referencia sino por su oposición a otros conceptos, varía de cultura en cultura: en danés se utilizan dos palabras para cubrir el campo semántico de lo que en alemán y en francés cubren tres palabras. El significado debe entonces ser entendido como un «valor posicional», definido en base a diferencias. En palabras de Eco (1976: 112), «en todas las culturas una unidad cultural es simplemente algo que esa cultura ha definido como unidad distinta de otras y, por lo tanto, puede ser una persona, una localidad geográfica, una cosa, un sentimiento, una esperanza, una idea, una alucinación». Esta premisa relacional y antiesencialista, heredada del estructuralismo, está en la base de las principales corrientes semióticas (Violi, 2017).

Eco afirma que existen unidades de sentido que son *interculturales*, como el caso del concepto de perro, cuyo significado se mantiene constante aunque el significante sea diferente en español («perro»), en inglés («dog») y en alemán («Hund»). Sin embargo, existen otras unidades cuyo significado están intrínsecamente ligados a la cultura, por lo que «estas varían de «linde» según la cultura que las organice» (Eco, 1976: 112). Queda abierta la pregunta respecto a si el caso de «Europa» se trata de una unidad de sentido intercultural o no, ya que si bien el nombre se mantiene casi invariado en distintas lenguas, su significado —y sus límites— puede variar significativamente según el recorte conceptual realizado por la cultura en cuestión. Así, para alguien proveniente de Rusia, «Europa» puede significar algo diferente que lo que significa para alguien proveniente de Francia, especialmente en lo que refiere a sus connotaciones. Como sugiere Wallace, «no hay una idea de Europa que sea común a todos los estados europeos, y por lo tanto tampoco hay acuerdo respecto a dónde termina Europa», lo que resulta en que «la Europa que uno ve depende de dónde uno viva»: como añade el autor, «europeos Occidentales y Orientales, europeos del Norte y del Sur tienen sus propias definiciones sobre qué significa Europa y dónde acaba, y todos están igualmente convencidos de estar ofreciendo una definición generalmente válida» (Wallace, 2002:79).

Este marco teórico puede ser utilizado para pensar desde una perspectiva semiótica cómo, dejando atrás enfoques ontológicos ingenuos, «Europa» debería ser estudiada concibiéndola como una unidad de sentido que forma parte de un determinado discurso social, en el que se establecen diferencias con otras unidades de sentido de la misma naturaleza —identidades colectivas asociadas a lo geográfico—, pero distintas. En el caso de Europa, se *continuum* estaría constituido por todas las identidades supranacionales posibles, que luego son segmentadas de diversas maneras, como por ejemplo, a partir de las asociaciones con los nombres de los continentes geográficos como «Asia», «América del Sur» y «África», o a segmentaciones hechas a partir de características vinculadas con la cultura, como «América Latina» o «Sureste Asiático». Por lo tanto, la idea de Europa parecería ser una unidad de sentido que, si bien puede estar fuertemente apoyada en una realidad material como lo es el continente llamado «Europa» —con una existencia material, tangible, perceptible y, por lo tanto, empíricamente comprobable—, no deja de ser un concepto sin referencia clara, construido en base a diferencias establecidas arbitrariamente con otras unidades de sentido, como sucede con toda identidad colectiva (Laclau, 1994; Mouffe, 2007). Según señala Diez (2004: 321), «no tendría sentido decir «soy europeo» si esto no implicara una

diferencia con ser «asiático», «africano» o «americano». En términos generales, se puede afirmar, siguiendo a Fornäs (2017:9), que al estudiar las dinámicas de construcción de las identidades, estas deben ser concebidas como «estructuras de sentido tejidas en torno a posiciones de los sujetos, en un juego entre el yo y el otro, entre el dentro y el fuera». Es así que, como señala Paasi (2001:8), «durante casi 3.000 años las ideas de Europa se han caracterizado por la diferencia, ya sea geográfica y/o mitológica».

A pesar de ser una unidad de sentido sin una denotación y/o referencia unívoca, el rol central de la categoría «Europa» en la percepción de los individuos así como en la estructuración de la relación que estos establecen con su entorno social, incluidos los «otros», es innegable. Basta con consultar los resultados del Eurobarómetro, la encuesta realizada periódicamente por la Comisión Europea, para verlo. Según su edición número 91 (Primavera 2019), al preguntar a los encuestados qué tan apegados se sienten a las categorías de sentido (1) «su ciudad/pueblo/poblado», (2) «su país», (3) «la Unión Europea» y (4) «Europa», el 21% de los encuestados declaró sentirse muy apegado a «Europa», como algo diferente a la Unión Europea, mientras que el 46% se siente «bastante apegado». De este modo, aunque «Europa» sea una entidad discursiva y no algo dado, su centralidad a la hora de definir apegos, pertenencias

e identidades es innegable (Bruter, 2004). En tanto categoría de sentido, «Europa» no solo sirve para denominar una casilla específica para el posicionamiento en la grilla de identidades culturales del tipo «soy europeo» o «soy latinoamericano», que es una operación esencialmente cognitiva, sino que también tiene un efecto en el plano de las emociones: «me *siento* Europeo». Para comprender adecuadamente cómo este tipo de conceptos discursivos impactan en la realidad social y las subjetividades de los individuos, es clave estudiar los límites a partir de los cuales se separan los conceptos en tanto unidades de significado.

La idea de «Europa» a partir del establecimiento de sus límites

Durante las últimas décadas, numerosos investigadores se han interesado por la construcción de la idea de Europa en base a la oposición a otras identidades y unidades de sentido (Rossi, 2007; Delanty, 1995; Strath, 2000; Christiansen et al., 2001; Diez, 2004; Paasi, 2001; Mikkeli, 1998). Otros se han ocupado de estudiar y reflexionar sobre los límites tanto territoriales como simbólicos de Europa (Andren, 2017; Lechevalier y Wielgoths, 2013; Maier, 2002; Mishkova y Trencsenyi, 2017; Parker, 2008; Strath, 2002; Rossi, 2015; Wallace, 2002; Zielonka, 2002a). Jan Zielonka (2002b), por ejemplo, apoyándose en los conceptos latinos de *confinium*, *finis*, *limes* y *terminus*, propone

una distinción analítica entre diferentes tipos de límites, cada uno de ellos asociados a diferentes procesos socioculturales, como ser la construcción de mercados, de naciones, de estados y de regímenes funcionales, respectivamente.

Por lo general, el punto de partida de quienes trabajan en este campo de investigación es una posición antiesencialista, consistente en sostener que no hay nada pre-social, fijo o «dado» que constituya las identidades colectivas (Arfuch, 2005). Estas serían más bien el resultado de procesos intersubjetivos de construcción, apoyados en una serie de articulaciones discursivas y en ciertas prácticas convencionales, que con el paso del tiempo se consolidan en ciertos imaginarios sociales que dan lugar a «comunidades imaginadas», concepto acuñado por Benedict Anderson (1983) para referir a la identidad nacional. Si bien el concepto originalmente refiere a la esfera nacional, resulta también adecuado para referir a las identidades supranacionales, como la europea. Como afirma Diez (2004:320), «incluso si Europa no es una «nación» en el sentido tradicional del término, es un tipo de identidad política que va más allá del contacto cara a cara inmediato y por lo tanto necesita imaginación». La conclusión de los autores que han estudiado los límites de Europa en tanto idea es que se trata de una unidad de sentido cuyos límites conceptuales no son ni geográfica ni culturalmente claros. Como propone

Fornäs (2017: 11), estos límites son «más bien difusos, ya que coexisten diferentes formas de demarcar Europa».

Desde la perspectiva geográfica, Grinell (2017:71) afirma que «en su esencia, Europa es principalmente una categoría geográfica», aunque también mucho más que un lugar concreto, en tanto se trata de un concepto «ideológicamente cargado». Si bien es cierto que superficies de agua como el caso del Océano Atlántico o el mar Mediterráneo ayudan a establecer ciertos límites a nivel imaginario y conceptual, también es pertinente la afirmación de Fornäs (2012) cuando escribe que Europa tiene límites geográficos «escurridizos». Así, los límites entre Europa y Asia son más difíciles de fijar que aquellos entre Europa y África o América, continentes entre los que existen grandes superficies de agua que ayudan a *separar* las superficies de tierra y, con ellas, los imaginarios asociadas a estas en tanto que unidades de sentido distintas. En el caso de Asia, si bien existe la convención de que Europa termina en los Urales (Rossi, 2007; Maier, 2002; Diez, 2004), se puede apreciar cómo, por ejemplo, varios países geográficamente ubicados al otro lado de esta cadena montañosa forman parte del Consejo de Europa, como sucede con Rusia, Turquía y los países del Cáucaso (como Armenia y Azerbaiyán), a los que a muchos les costaría identificar como «europeos» (Diez, 2004). Así, es difícil delimitar claramente

las unidades «Europa» y «Asia» y, por lo tanto, establecer los límites orientales de la primera. Al mismo tiempo, queda claro que, si bien la idea de Europa tiene un origen geográfico, hay algo más, de naturaleza discursiva, que permite asociar (o no) a unidades individuales –los países y sus identidades nacionales– con esa identidad colectiva. En otras palabras, parecería ser que no es suficiente que un país se encuentre en territorio europeo para también *ser* europeo.

Si se mira hacia atrás en el tiempo, ya desde la Antigüedad existe la idea de que Europa es «la parte de la tierra que se extiende al Norte y al Oeste de Grecia, incluyéndola» (Rossi, 2007:15). Luego, ya comienzan las construcciones y especulaciones imaginarias, establecidas en base a una distinción arbitraria entre tres unidades de sentido: Europa, Asia y Libia (la cual luego será llamada «África»), distinción que ya en los escritos de Heródoto aparece como arbitraria dado que las tres unidades de sentido forman parte de una misma masa territorial (Rossi, 2007:16). Según Rossi (2007:17), con el descubrimiento de América y su exploración surgió el problema de «darle a esta una colocación autónoma, y con ella de agregar una cuarta parte a las tres partes tradicionales de la tierra». Algo similar sugiere Elliott (2015:210) cuando escribe que «al expandirse hacia el Oeste, los viajeros, conquistadores y colonos se involucraron en un largo proceso de

extensión de los límites geográficos de la cristiandad y de transformación del Atlántico en un océano europeo». Antes, según el autor, «el estrecho entre el peñón de Gibraltar y la costa Norte de África era tradicionalmente considerado como el límite occidental de Europa, más allá de los cuales estaba el innavegable océano» (Elliott, 2015:209).

Como señala Rossi (2007:16), con el paso del tiempo «la distinción entre Europa y Asia toma un significado ideológico bien definido y destinado a durar por mucho tiempo: [...] Asia se vuelve la tierra de los «bárbaros», que intentan someter a los griegos, defensores de la libertad ciudadana, a un gobierno despótico». Esta idea se vuelve una parte central del imaginario social, a tal punto que en el siglo XIX se consolida la idea de Europa como tierra de la libertad, por oposición a Asia como tierra del despotismo (Rossi, 2007), asociaciones claramente *connotativas* que atribuyen valor a las «formas de vida» de cada una de estas unidades de sentido, las cuales se infieren a partir de las prácticas que allí se llevan a cabo. En cuanto a lo geográfico, entonces, la conclusión es que «Europa no posee una base geográfica definida que se haya mantenido constante en el curso de la historia» (Rossi, 2007:19).

Dejando atrás la dimensión geográfica y pasando al estudio de lo sociocultural como elemento diferenciador, históricamente la religión y otras prácticas (ritos,

tradiciones), así como características fisionómicas como el color de piel, la estatura y los rasgos faciales han sido empleadas como forma de diferenciar lo europeo de lo no-europeo. De hecho, estos elementos siguen utilizándose hoy en día para imaginar y construir al Otro no-europeo, aunque cada vez sea más difícil articular los imaginarios en base a estos aspectos, que si se quiere son más tangibles, aunque no necesariamente más reales a la hora de establecer diferencias: en el caso de la religión, Grinell (2017: 74) señala que actualmente hay unos 50 millones de musulmanes viviendo en lo que se considera la «Europa geográfica». En todo caso, se trata de marcar los límites de la identidad a partir de la diferencia de las «formas de vida», especialmente en lo relacionado con las creencias y las prácticas. De este modo, quienes practican el islam o el cristianismo ortodoxo se vuelven parte de esa categoría cognitiva que llamamos «el Otro» (Diez, 2004). Resulta pertinente señalar que, en su análisis sobre la relación del islam con la idea de Europa, Grinell (2017: 71) afirma que «Europa» e «Islam» son «categorías

asimétricas», en tanto el significante «Islam» refiere a «una religión, una civilización y una entidad geográfica, mientras que la religión de Europa se llama cristianismo y su civilización, Occidental».

Se puede hablar en este sentido de *límites simbólicos* de Europa, que implican *modos semióticos de exclusión del Otro*, es decir, formas discursivas de establecer un límite entre un «Nosotros», imaginado como homogéneo y monolítico, y un «Otro» —u «Otros», en plural—, también imaginado/s del mismo modo.² En otras palabras, los límites simbólicos contribuyen a la creación de las identidades colectivas, donde estas no se asumen de manera esencialista como categorías exógenamente dadas, sino como construidas socialmente (Arfuch, 2005; Laclau, 1994; Mouffe, 2007; Sendhardt, 2013). En este proceso, el establecimiento de diferencias entre las categorías de sentido «Nosotros» y «los Otros» —que se definen semióticamente como un «no-Nosotros»—, resulta una estrategia clave (Paasi, 2001), siguiendo ciertas prácticas discursivas que se pueden considerar como «de alteridad» [*practices of othering*] apoyadas en

2 Para una perspectiva constructivista sobre los límites y las fronteras, ver Sendhardt (2013), donde el autor presenta el concepto de «delimitación/relimitación» [*debordering/rebordering*] para referir a procesos esencialmente simbólicos vinculados a lo territorial, un enfoque según el cual los límites y las fronteras no son ya considerados como «líneas estáticas, sino como procesos de limitación [*bordering*] multidimensionales» (Sendhardt, 2013:21). Sendhardt establece una distinción teórica entre límites territoriales, funcionales y simbólicos, y sugiere que «los límites territoriales, particularmente en la forma de límites estatales, serían mejor comprendidos como límites territoriales en los que convergen diferentes sistemas funcionales y simbólicos» (Sendhardt, 2013: 36).

la generación de diferencias narrativas e imaginarias (Diez, 2004:320). Claramente, se trata de una *forma de producción de sentido basada en la exclusión*, esto es, a partir de una lógica diferencial y relacional apoyada en el establecimiento de límites según la lógica ya identificada por Yuri Lotman (1996, 15) para quien «la frontera es una parte indispensable de la semiosfera».

En síntesis, en tanto unidad de significado empleada para dar sentido al mundo y a la propia experiencia, Europa debe ser concebida como un constructo histórico-cultural e imaginario (Rossi, 2007; Rossi, 2015; Delanty 1995). En otras palabras, se trata de una *invención* que es resultado de procesos dinámicos de significación apoyados en aspectos geográficos y en procesos histórico-culturales contingentes (Paasi, 2001) que han dado lugar al establecimiento de la categoría de sentido «Europa» como algo distinto mediante lo cual los individuos se identifican y se diferencian, ordenando –y a la vez, estructurando– así su percepción del mundo que los rodea. La maleabilidad de dicho concepto se vuelve evidente cuando se piensa en la caída de la Cortina de Hierro y la consiguiente expansión de «Europa» hacia el Este (Lechevalier y Wielgohs, 2013; Sendhardt, 2013) con las sucesivas rondas de expansión de la Unión Europea. Como señalan Lechevalier y Wielgohs (2013:10), «estas políticas de integración y estabilización se

vieron inevitablemente acompañadas de procesos significativos de re-delimitación [*rebordering*] a medida que los límites externos de la Unión Europea se movieron hacia el Este». Como concluye Rossi (2007: 25), la identidad europea «debe ser reconstruida en su proceso de formación y correlacionada a las diversas épocas de su cultura».

Lo europeo y lo rioplatense: desafíos teóricos

Luego de haber discutido cómo concebir la supuesta unicidad del concepto de «Europa» en un plano discursivo a partir del establecimiento de ciertos límites, en esta última sección se discutirá el caso concreto de la identidad cultural asociada a la región del Río de la Plata. Como fue mencionado en la introducción, esta supone un desafío interesante respecto a la forma en que se construyen los «Otros» de Europa, en tanto se trata de una región que, si bien en términos geográficos claramente no forma parte del continente europeo, sus características socioculturales presentan gran similitud con aquellas de los países de la Europa del Sur, especialmente España e Italia, como resultado de los grandes flujos migratorios de ciudadanos de estos países a la región sur de América Latina. Esto ha conducido a que, histórica y contingentemente, el núcleo semiótico de la identidad rioplatense consista en esa presencia de un componente «europeo»,

ausente en otras identidades colectivas en Sudamérica. Esta afirmación requiere alejarse del estudio de los límites y pensar cuáles son los elementos a partir de los cuales se articulan las identidades colectivas.

Yuri Lotman (1996) propone que el sentido circula dentro de lo que el autor denomina «semiosfera», entendida como un campo semiótico con un núcleo y determinadas fronteras. Toda identidad colectiva puede pensarse como una semiosfera específica en la que existen ciertos elementos nucleares y otros secundarios, organizados según una determinada jerarquía. En el caso de la identidad Europea, el núcleo parecería radicar en una adhesión a ciertos valores —liberales, modernos, Ilustrados, universales—, lo que ha dado lugar a que la Unión Europea articule su discurso identitario a partir de este núcleo: el «modo de vida europeo» implica hacer ciertas cosas de cierta manera. La identidad rioplatense, por su parte, es una entre las tantas identidades regionales supranacionales que se pueden encontrar en América Latina, junto con la andina y la caribeña, entre otras. Como identidad *distinta*, además de apoyarse en una realidad geográfica tangible, también se articula en torno a cierto núcleo discursivo y de ciertos límites. En otras palabras, al igual que sucede con el concepto de «Europa», la idea de una identidad rioplatense debe también ser concebida como una unidad

de significado discursivamente establecida y empleada para definir pertenencias socioculturales.

Como en el caso de Europa, esta también ha sido construida históricamente en base a una entidad geográfica específica, con existencia objetiva: la superficie de agua en forma de estuario que se extiende entre Argentina y Uruguay como desembocadura de los ríos Uruguay y Paraná, junto a la región ubicada a su alrededor, que en términos geográficos también se conoce como «Cuenca del Plata» y cuyos límites tampoco están claramente establecidos más allá de ciertos imaginarios y discursos. ¿Hasta dónde se extiende la identidad rioplatense? ¿Abarca también el sur de Brasil? ¿Hasta dónde llega en Argentina? Se trata de una localización geográfica que da lugar al surgimiento de la unidad de sentido y al imaginario social asociados a ciertas características socioculturales (prácticas, tradiciones, costumbres) que son compartidas, al menos a nivel de los imaginarios sociales y de las representaciones discursivas, entre Uruguay y parte de Argentina, los dos países que se asocian con «lo rioplatense». Como afirma Loza (2011:106), las construcciones culturales de estos dos países comparten una serie de elementos, como ser «un pasado en común, similar composición migratoria y grado de homogeneidad e integración social, a la vez que ciertas tradiciones culturales compartidas que permiten hablar

de una identidad rioplatense», como el mate, la afición por el fútbol, la presencia del tango y cierta jerga lingüística, así como ciertos estilos culturales.

En este proceso de construcción identitaria en términos discursivos, los juegos de diferencias también están presentes. Mientras que los imaginarios dominantes sobre América Latina, resultantes de procesos de representación idealizada y romantización, probablemente incluyan asociaciones con los colores vivos, lo exótico y exuberante, el clima tropical, la alegría y la música «latina» de baile —salsa, merengue, bachata, reggaetón—, entre tantas otras, la identidad «rioplatense» no se vería reflejada en estas asociaciones. Al contrario, las pasiones asociadas a esta identidad se ubican más bien en el polo opuesto: por lo general consisten en la melancolía y la tristeza, dos pasiones asociadas a la migración (al fin y al cabo, Buenos Aires y Montevideo han sido históricamente ciudades portuarias, de tránsito y migración), lo que se vuelve evidente en la centralidad que el tango como música de la nostalgia tiene en la articulación del imaginario asociado a la región del Río de la Plata.³ Es a partir de esta diferenciación de la identidad latinoamericana que la idea de una identidad rioplatense cobra mayor fuerza en

términos pragmáticos: esta se articula a partir de la presencia de «lo europeo» como su núcleo semiótico. Entonces, si se deja de lado el aspecto geográfico, resulta difícil establecer diferencias sustantivas en cuanto a la configuración cultural y las «formas de vida» dominantes en la región con las asociadas a la identidad europea. Esto se debe a que, en la constitución de los parámetros culturales hegemónicos de las sociedades de la región del Río de la Plata, confluyen dos hechos históricos que han marcado un rumbo diferente de aquél del resto de América Latina: por un lado, la exterminación de gran parte (si no toda) la población indígena (en el caso de Uruguay, a manos de los propios ciudadanos uruguayos una vez fundado el país, por considerarlos símbolo de barbarie; en el caso de Argentina, en la llamada «Conquista del Desierto»), y por otro lado, una gran ola migratoria a fines del siglo XIX, especialmente de ciudadanos italianos y españoles (Rossi, 2007; Loza, 2011). Como resultado, en la región geográfica del Río de la Plata, así como también en el imaginario social asociado a «lo rioplatense», falta ese elemento de hibridación tan característico de las culturas peruana, boliviana, colombiana e incluso del Norte de Argentina, un país cuyo corazón geográfico pertenecería a la

³ Para mayor detalle sobre la configuración cultural y los imaginarios asociados a lo rioplatense, específicamente a las identidades culturales asociadas a Argentina y Uruguay, se recomienda ver, entre otros, Loza (2011), Grimson (2012), San Román (2007), Achugar y Moraña (2000) y Andacht (1992)

unidad de sentido «Río de la Plata». De hecho, en muchos países latinoamericanos, la idea de una identidad nacional se apoya precisamente en esa diversidad cultural basada en la coexistencia en un mismo territorio de universos culturales diferentes (De Gregori, 2000), un aspecto que está ausente en el caso del «Río de la Plata» y «lo rioplatense»: como afirma Loza (2011:106), con las migraciones en el siglo XIX hubo una «interrelación entre lo existente y lo recién llegado [que] dio origen a un nuevo entramado cultural “nacional” predominantemente europeo».

Es así que la unidad de sentido denominada «Río de la Plata» en tanto imaginario sociocultural asociado a una determinada zona geográfica presenta un desafío interesante para la conceptualización de las diferenciaciones en base a construcciones simbólicas y discursivas: dentro de la configuración cultural dominante en esa región, los valores dominantes en la sociedad, las prácticas —como por ejemplo la gastronomía y las formas de interacción y uso del tiempo libre— y, más generalmente, las «formas de vida» en sentido semiótico, son esencialmente heredadas de migrantes

europeos, sin la mediación de procesos de hibridación que hayan transformado de manera significativa las formas de ser, hacer y estar en el mundo.⁴ Como señala Elliott (2015:216), ya desde la época de la colonización las sociedades en América Latina «fueron construidas en base a un diseño europeo», de modo tal que «la transferencia transatlántica de la cultura europea era visible a lo largo y ancho de las Américas [...], por ejemplo, en la imitación cuidadosa de los estilos artísticos europeos, de la arquitectura y de la última moda en vestimenta» (2015: 217). En este sentido, «lo europeo» está en la génesis (discursiva) de «lo rioplatense», como forma de diferenciación respecto a otras identidades geográfico-culturales de América Latina (no es infrecuente escuchar la idea respecto a que Uruguay y Argentina serían países «más europeos», que claramente refleja este imaginario en que «lo europeo» constituye el núcleo de «lo rioplatense»). En otras palabras, el núcleo semiótico de la identidad rioplatense está en la presencia de «lo europeo» como punto articulador de la identidad colectiva, demostrando que puede haber «formas de vida europeas» fuera de la unidad geográfica que les dio origen.

4 El término «hibridación» refiere, siguiendo a Néstor García Canclini (2003), a «procesos socioculturales en los que estructuras o prácticas discretas, que existían en forma separada, se combinan para generar nuevas estructuras, objetos y prácticas». Las prácticas sociales europeas se vieron sin dudas afectadas y modificadas por procesos de mediación, pero estos fueron más bien asociados al concepto de «lo criollo» y no necesariamente al de hibridación.

Así, en la vida cotidiana, la relación entre «lo europeo» y «lo rioplatense» en tanto unidades de sentido empleadas para dar forma a procesos identitarios tanto individuales como colectivos basados en la mediación de los mecanismos semióticos de exclusión del Otro necesarios para la construcción del «nosotros», lo discursivo e histórico-cultural parece quedar de lado y la geografía, siempre real, parece volver a cobrar una fuerza central a la hora de establecer límites entre culturas y unidades de sentido, recordándonos que los imaginarios sociales tienen siempre una dimensión material, empíricamente perceptible, en la que se apoya la creación semiótica. Es únicamente a partir de esta perspectiva que se puede comprender el título de la cartera del Comisario Europeo mencionada en la introducción que, como se puede apreciar, si bien se articula en base a mecanismos de exclusión, no necesariamente sucede en términos políticos, sino semióticos: toda identidad requiere el establecimiento de límites entre unidades de sentido percibidas como distintas. El problema emerge cuando esas identidades son reificadas u cosificadas, olvidando los *procesos* de sentido subyacentes a sus constituciones.

Conclusión

Fontanille (2015a: 22) afirma que «la semiótica se reconoce hoy en día, junto a la mayor parte de las demás ciencias humanas y sociales, como una de las ciencias

capaces de dar cuenta de las culturas en particular y de la cultura en general. El presente artículo es un intento de pensar desde una mirada semiótica la naturaleza de conceptos como «Europa» y «Río de la Plata», utilizados para la identificación personal y colectiva. Si bien están ancladas de alguna manera en lo geográfico, las identidades culturales tienen siempre un componente discursivo e imaginario que implica seleccionar ciertos aspectos —tradiciones, prácticas cotidianas, etc.— e interpretarlos como nucleares y, así, propios de una «comunidad imaginada» a partir de la mediación de otros aspectos, también arbitrariamente seleccionados, como propios de otra «comunidad imaginada». Por lo tanto, se trata de categorías de sentido que, a pesar de su anclaje geográfico, no dejan de ser constructos semióticos apoyados en mecanismos de exclusión y de diferenciación de un «nosotros» a partir de un «ellos», que se define como un «no-nosotros».

Desde un marco teórico semiótico y constructivista pertinente para tal conceptualización, a través del caso de «lo rioplatense» se puede ver cómo, como señala Fornäs (2017: 10), «el concepto de Europa continúa siendo una metáfora abierta y viva, con tensiones importantes entre estabilidad y movilidad, elevación e igualdad, unidad y diversidad». Quienes estudian tanto la idea de Europa en sí misma como ciertos fenómenos asociados a ella —como la identidad y la integración europea— pa-

recen ser conscientes de tal mecanismo: como señala Wallace (2002:79), por lo general se asume que «Europa» es «un conjunto movable de mitos e imágenes, tanto positivas como negativas». Lo mismo sucede, evidentemente, en el caso de lo rioplatense y, de manera más amplia, de lo latinoamericano. Como se argumentó, la categoría de sentido de «lo europeo» jugaría un rol central en la articulación discursiva de «lo rioplatense», dado que el principal diferencial de esta identidad colectiva en tanto unidad de significado distinta de otras identidades regionales y culturales de América Latina parece apoyarse en la presencia de «lo europeo» en su núcleo identitario. Como afirmaba Lotman (1996), toda semiosfera se estructura en torno a un núcleo semiótico a partir del que los distintos elementos que la componen se organizan, algunos más centrales y otros más periféricos. Así, solo a partir de «lo europeo» como núcleo,

podría postularse y rastrearse el modo de construcción discursiva e imaginaria de «lo rioplatense» a través de la historia.

En esta concepción de las identidades colectivas asociadas a lo geográfico-cultural y sus «modos» o «formas de vida», la semiótica tiene sin dudas mucho que aportar, ya que su principal interés está en comprender los procesos de producción de sentido y de construcción de la realidad social (Landowski, 2012; Lorusso, 2010; Verón, 1988). Como se ha intentado argumentar en estas páginas, el estudio comparativo de unidades de sentido como «lo europeo» y «lo rioplatense», empleadas para la identificación personal y colectiva, resulta fundamental para comprender las dinámicas relacionales y diferenciales subyacentes a toda construcción identitaria, especialmente en términos colectivos. Este artículo ha sido un intento de contribuir al desarrollo de esa línea de trabajo.

Referencias bibliográficas

- ACHUGAR, Hugo y Mabel MORAÑA (2000). *Uruguay. Imaginarios culturales*. Montevideo, Trilce.
- ANDACHT, Fernando. (1992) *Signos reales del Uruguay imaginario*. Montevideo, Trilce.
- ANDERSON, Benedict. (1983) *Imagined Communities*. Londres, Verso.
- ANDREN, Mats, (2017) ed. *Cultural Borders and European Integration*. Gotemburgo, Centro de Investigaciones Europeas de la Universidad de Gotemburgo.

- ARFUCH, Leonor, (2005) editora. *Identidades, sujetos, subjetividades*. Buenos Aires: Prometeo.
- ANDRÉN, Mats, (2017) editor. *Cultural Borders and European Integration*. Gotemburgo, Centro de Investigaciones Europeas de la Universidad de Gotemburgo.
- BRUTER, Michael (2004). On What Citizens Mean by Feeling European: Perceptions of News, Symbols and Borderless-ness. *Journal of Ethnic and Migration Studies* 30 (1) pp. 21-39.
- CHRISTIANSEN, Thomas, Knud E. Jørgenseny Antje WIENER, (2001) editores. *The Social Construction of Europe*. Londres, Sage.
- COMISIÓN EUROPEA. (Primavera 2019). *Standard Eurobarometer 91: European Citizenship* Accesible en <https://ec.europa.eu/commfrontoffice/publicopinion>.
- DE GREGORI, Carlos Iván, (2000) editor. *No hay país más diverso. Compendio de antropología peruana*. Lima, Instituto de Estudios Peruanos.
- DELANTY, Gerard. (1995). *Inventing Europe – Idea, Identity, Reality*. Londres, Palgrave Macmillan,
- DIEZ, Thomas. (2004) Europe's Others and the Return of Geopolitics. *Cambridge Review of International Affairs* 17 (2) pp. 319-335.
- ECO, Umberto. (1976) *Tratado de semiótica general*. Barcelona, Lumen.
- ELLIOTT, John H. Europe and the Atlantic. En *The Boundaries of Europe. From the Fall of the Ancient World to the Age of Decolonisation*. P. Rossi, editor, 2015.
- FONTANILLE, Jacques (2013). Medios, regímenes de creencia y formas de vida. *Contratexto* 21, pp. 65-82
- FONTANILLE, Jacques (2015a.) Formes de vie: des jeux de langage à la phénoménologie des cultures. *Metodo. International Studies in Phenomenology and Philosophy* 3 (1), pp. 21-40.
- ——— (2015b) .*Formes de vie*. Lieja: Presses Universitaires de Liège,
- FORNÅS, Johan (2012) *Signifying Europe*. Londres, Intellect Books.
- FORNÅS, Johan. (2017) A Cultural Perspective on European Borders, en *Cultural Borders and European Integration*. M. Andrén, editor.

- GARCÍA CANCLINI, Néstor. (2003) Noticias recientes sobre la hibridación. *Trans. Revista Transcultural de Música* 7.
- GRIMSON, Alejandro. (2012) *Mitomanías argentinas*. Buenos Aires, Siglo XXI.
- GRINELL, Klas. (2017) Integrating Europe – The Integration of Islam into Europe: Handbook solutions. En *Cultural Borders and European Integration*. M. Andrén, ed.
- HJELMSLEV, Louis. (1943) *Prolegomena to a Theory of Language*. Madison, Wisconsin University Press.
- LACLAU, Ernesto, (1994).ed. *The Making of Political Identities*. Londres, Verso.
- LANDOWSKI, Eric. (2012) ¿Habría que rehacer la semiótica? *Contratexto* 20, pp. 127-155.
- LECHEVALIER, Arnaud y Jan WIELGOHS, editores. (2013) *Borders and Border Regions in Europe. Changes, Challenges and Chances*. Bielefeld, Transcript.
- LORUSSO, Anna Maria. (2010) *Semiotica della cultura*. Bari/Roma, Laterza.
- LOTMAN, Yuri. (1996) *La semiosfera, I*. Madrid, Cátedra.
- LOZA, Jorgelina. (2011) Las naciones rioplatenses: la construcción de percepciones contemporáneas sobre la nación en militantes uruguayos y argentinos. *RECSO* 2, pp. 105-128.
- MAIER, Charles S. (2002) «Does Europe Need a Frontier? From Territorial to Redistributive Community, en *Europe Unbound. Enlarging and Reshaping the Boundaries of the European Union*. J. Zielonka, editor.
- MIKKELI, Heikki. (1998) *Europe as an Idea and an Identity*. Londres, Palgrave Macmillan.
- MISHKOVA, Diana y Balázs TRENCSENYI, (2017) ed. *European Regions and Boundaries. A Conceptual History*. Nueva York/Oxford, Berghahn.
- MOUFFE, Chantal. (2007) *En torno a lo político*. México, Fondo de Cultura Económica.
- PAASI, Anssi. (2001) Europe as a Social Process and Discourse. *European Urban and Regional Studies* 8 (1) pp. 7-28.

- PARKER, Noel, (2008) editor. *The Geopolitics of Europe's Identity. Centers, Boundaries, and Margins*. Nueva York, Palgrave Macmillan.
- ROSSI, Pietro. (2007) *L'identità dell'Europa*. Bologna, Il Mulino.
- ROSSI, Pietro, (2015) editor. *The Boundaries of Europe. From the Fall of the Ancient World to the Age of Decolonisation*. Berlín/ Boston, De Gruyter.
- SAN ROMÁN, Gustavo. (2007) *Soy celeste. Investigación sobre la identidad de los uruguayos*. Montevideo, Fin de Siglo.
- SENDHARDT, Bastian. (2013) Border Types and Bordering Processes. A Theoretical Approach to the EU/Polish-Ukrainian Border as a Multi-dimensional Phenomenon, en *Borders and Border Regions in Europe. Changes, Challenges and Chances*. A. Lechevalier y J. Wielgosh, editors.
- STRATH, Bo, (2000) editor. *Europe and the Other and Europe as the Other*. Frankfurt, Peter Lang.
- ——— (2002) A European Identity: To the Historical Limits of a Concept. *European Journal of Social Theory* 5 (4), pp. 387-401.
- VERÓN, Eliseo. (1988) *La semiosis social*. Barcelona, Gedisa.
- VIOLI, Patrizia. (2017) Due vie per la semiotica o un incrocio di sguardi? Algirdas Greimas e Umberto Eco a confronto. *Entornos* 30 (1) pp. 25-33.
- WALKENHORST, Heiko. (2009) The Conceptual Spectrum of European Identity'. *Limerick Papers in Politics and Public Administration* 3
- WALLACE, William. (2002) Where Does Europe End? Dilemmas of Inclusion and Exclusion, en *Europe Unbound. Enlarging and Reshaping the Boundaries of the European Union*. J. Zielonka, editor,
- WODAK, Ruth. (2015) *The Politics of Fear. What Right-Wing Populist Discourses Mean*. Londres, Sage.
- ZIELONKA, Jan, (2002a). ed.. *Europe Unbound. Enlarging and Reshaping the Boundaries of the European Union*. Londres/ Nueva York, Routledge,
- ——— (2002b). Introduction. Boundary Making by the European Union, en *Europe Unbound. Enlarging and Reshaping the Boundaries of the European Union*. J. Zielonka, editor,